

El lugar del testigo. Escritura y memoria

Nora Strejilevich

reseñado por

Pablo Codazzi

Universidad de Buenos Aires

Allí donde crece el peligro, crece también lo que salva.

Hölderlin

*Nosotros estamos estampados con formas diferentes,
pero tenemos la misma voz si se nos aprieta.*

Viktor Shklovski

*...Lo más terrible es la perversidad que penetra en la vida cotidiana, que se
convierte en habitual. En realidad, estamos ya acostumbradas a nuestro modo de
vida – si es que es posible llamarlo así- (...) por extraño que parezca también se ha
constituido aquí una nomenclatura.*

Evguenia Guinzburg

El lugar del testigo. Escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina), Nora Strejilevich.
Villa María, Eduvim, 2022. 316 pp. ISBN 978987699736.

Escritura y memoria, narración y experiencia, dimensiones cuyo cruce históricamente ha generado discusión. *El lugar del testigo* se inscribe en un debate intrincado y longevo, para arrojar luz sobre una figura desleída o malinterpretada ¿Qué lugar ocupa la voz de los sobrevivientes en los procesos de elaboración simbólica sobre el horror? Este interrogante impulsa la profunda indagación que plantea la autora. Ya con *Una sola muerte numerosa* Nora Strejilevich nos había puesto frente a un relato indispensable y fuera de lo común, de lo acostumbrado. Una literatura contra la detención, imparable, cuya fuerza centrífuga deshilacha la lengua y nos permite reparar en el horror cotidiano que nos rodea y sobre el que caminamos a diario.

Los síntomas del problema fundamental que Strejilevich señala son visibles en nuestra historia reciente. Si bien los argentinos contamos con una profusa literatura sobre la última dictadura militar (novelas, películas, documentales, investigaciones) la voz de

los sobrevivientes ocupa, paradójicamente, un lugar modesto en esta vasta producción simbólica. El testigo parece relegado exclusivamente al lugar discursivo de lo legal/judicial, cuando como matriz discursiva alberga una elocuencia mayor, multiforme y desbordante. El testigo es un mensajero invaluable, pero también es un extranjero de quien se desconfía en cuanto se corre del lugar que le asigna el *status quo*:

Al portador de esta memoria (...) se lo acepta en los tribunales pero sigue ocupando un lugar incómodo en la sociedad: el manto de sospecha que lo rodea sigue vigente. Habría que preguntarse qué es lo que ciertos sectores ven y proyectan en su figura para que esta marginalización se siga sosteniendo en el tiempo. (40)

Contra toda asunción de que la experiencia es inenarrable y mediante un abordaje exhaustivo, erudito y multilateral, Nora indaga en todas las aristas y pliegues del discurso testimonial. La voz del testigo horada las categorías que la historia y la teoría esgrimen como verdades cerradas y últimas.

Para que el testimonio arraigue y dé frutos es fundamental propiciar las condiciones de escucha adecuadas, afinar el oído de la época. Esta tarea titánica solo es posible mediante una concienzuda y descarnada revisión lingüística y terminológica. “Un glosario sin definiciones” (uno de los apartados del libro) se ofrece como espacio para repensar la nomenclatura acuñada sobre el testimonio: “no hay forma de desandar por completo el destino de una lengua atravesada por el horror. Nos urge escribir desde los escombros y reinventar formas de decir(nos) porque el lenguaje nos constituye” (80). Esta revisión de conceptos y categorías asociados (y cristalizados) a la experiencia del trauma no obedece a una pretensión de refinamiento intelectual sino a una urgencia imperiosa ante el avance y afianzamiento de las siempre acechantes retóricas del terror (el negacionismo, el relativismo, los discursos del odio que tan profundo calan en los jóvenes actualmente).

La primera persona, las figuras simbólicas y los pactos de lectura son los principales nudos problemáticos puestos en crisis. Sobre el deslinde entre el yo autobiográfico (de raigambre burguesa y cierto egocentrismo) y el testimonial, Strejilevich dice: “el testigo que volvió del campo, no creó el mundo que viene a contar, y no solo no fue el centro sino que allí intentaron volverlo anónimo. Por eso le importa crear sentido, comprender, asimilar, compartir lo padecido en nombre propio y del colectivo que se pretendió borrar” (70). Construir sentido desde el margen y en ese proceso recuperar el nombre y la identidad, una ética del lenguaje tal como la piensa Meschonnic: “la búsqueda de un sujeto que se esfuerza por constituirse como sujeto por su actividad”. También Viktor Frankl había planteado esta cuestión en *El hombre en búsqueda de sentido*. Pero aunque la literatura sobre la Shoá resulte indispensable y acertada en muchos aspectos, no podemos asumir su universalidad: encuentra un límite en las particularidades de cada proceso. Es necesario tomar distancia de esta matriz interpretativa imprescindible pero insuficiente.

Con respecto a la figura del desaparecido, formulada por Videla en su tristemente conocido discurso, se expone una operación glotopolítica enorme: no solo se le otorga transitividad al verbo “desaparecer” (desaparecer a alguien) sino que se nominaliza el participio, habilitando su uso como sustantivo. Ninguna palabra ni expresión está a salvo

de la polisemia del horror: “El eufemismo fue *el centro mismo de la máquina exterminadora* y se hizo tan habitual usarlo que terminó conformando una jerga, con lo que se abrió un hiato entre el idioma hablado “adentro” y “afuera” (78). El exterminio, explica la autora, se apoya sobre un mecanismo lingüístico contradictorio, que muestra y niega simultáneamente, desbarata las posibilidades de entender lo que sucede y arrima con sigilo el horror a lo cotidiano.

El lugar modesto del testigo es la contracara de la centralidad que tuvo la figura del desaparecido. Una figura que de manera inquietante reaparece en lugares insospechados. En la literatura norteamericana actual (siglo XXI), autores jóvenes como Noah Cicero o Jesse Ball la convocan en relatos donde la represión, el autoritarismo, la desaparición forzada, son moneda corriente. Esto sucede en el corazón del imperio cuarenta años después de la orquestación de un plan económico que no escatimó sangre para regar sus mercados y que “transnacionalizó el terrorismo de estado”. No solo se nos invita a repensar la lengua, sino también la historia (la política, la ética, dimensiones indisolubles): la última sección del libro analiza exhaustivamente los efectos del Plan Cóndor en Uruguay, Chile y Argentina.

Existe en las experiencias límite, una zona gris donde toda lógica se desarticula. El absurdo es la marca distintiva de una forma muy específica de terror. Lo han escrito los sobrevivientes del gulag, de los campos de concentración nazi, de los centros de detención clandestinos. Trazar una cartografía de esta zona supone un desafío doble: por un lado, acuñar un estilo elocuente, potente, preciso; por otro, propiciar las condiciones de escucha necesarias al interior de la sociedad. El lector, muchas veces, es un lector futuro. En esta batalla por el espacio discursivo, por la legitimidad de la voz, no solo se pelea contra el enemigo ideológico que busca callar, distraer o tergiversar, sino también con los propios vicios que genera y arrastra una discursividad alentada por la necesidad de justicia (Por ejemplo, las expectativas que se generan sobre lo que un testimonio “debe ser”: emotivo, grandilocuente, lacrimógeno, etc.). Aquí radica el valor más grande de *El lugar del testigo*: su lucidez para ver más allá del lenguaje y hacernos entender que todo vocablo está desprovisto de inocencia.